no participaré del panal de miel ni de los otros manjares que me preparábais. Pero en las dichosas moradas de la paz eterna encontrareis á vuestro Mesías, y celebrareis con él y con los padres de la nueva alianza solemnidades que no entristecerá ningun pensamiento de separacion.»

Y rodeado de los numerosos testigos de su magnificencia, que se postran de rodillas en el polvo, se prosterna Jesús y ora así:

«Llegó, Padre mio, el instante en que debias mostrar á tu Hijo en toda su gloria. Me has dado todos tus hijos mortales, á fin de que se despertaran á la vida eterna. Yo te he glorificado en la Tierra, y he cumplido tus decretos; tú me darás la corona que me espera á tu diestra, y que me pertenece desde antes que la creacion saliera de nuestro pensamiento. Los hermanos que me diste saben que todo lo que yo les he enseñado procede de tí, y que por tu órden vine á enseñarlos.

«Ahora, Padre mio, te imploro y ruego por ellos, que te pertenecen como á mí, porque la posesion de todo cuanto existe nos es comun. Haz que permanezcan fieles á mi ley, y que sean siempre una sociedad de hermanos. Cuando yo no era más que un hombre como ellos, velé por sus almas, sin haber perdido más que uno de mis escogidos... Necesario era que las profecías se cumplieran.

«No te ruego sólo por mis discípulos, sino tambien por los innumerables hijos que nos dará su santa palabra. Yo los he redimido anticipadamente con mi sangre, y los he amado con el mismo amor: que estén siempre conmigo y en mí, á fin de que participen todos ellos de la gloria de que tú me rodeaste antes de crear los Cielos.

«El mundo no te comprende á tí, el más justo y amado de los padres; pero yo te conozco. Yo he revelado á tus hijos

el misterio de mi mision y de tu divinidad, á fin de que los llene el amor que nos une desde la eternidad, y que sus almas sean enteramente de su Salvador.»

De esta manera ora y suspira Jesús, prosternado bajo los rayos celestiales que emanan de él mismo.

Después se levanta, y desaparece.

Cuando, bajo las sagradas bóvedas de un templo, el hombre piadoso une su pensamiento á los solemnes acordes que celebran la fiesta de la resurreccion de Jesucristo, parécele que su alma, llevada en alas de esta santa armonía, llega á las puertas del Cielo; y sin embargo, no siente sino un débil reflejo del arrobamiento que poseía los corazones de los apóstoles, cuando el Salvador, irradiando todo el esplendor de su gloria, oraba en medio de ellos y por ellos.

Prosternados en el polvo todavia, los fieles siguen con la vista los últimos resplandores que Jesús deja tras sí. Luego se levantan, abandonan las palmeras de Galilea, y siguen su camino hácia Jerusalem.

Los ángeles que los acompañan se han olvidado de velar su esplendor; y sin embargo, los escogidos no los ven: el recuerdo de la gloriosa aparicion del Mesías los absorbe enteramente.

Juan, que se ha separado de sus amigos, sigue un sendero solitario. Su pensamiento sondea con temerosa humildad los abismos del porvenir; pero demasiado débil aun para distinguir las vias que la mano de la Providencia ha trazado, se deja llevar á santas visiones, que le hacen presentir las beatitudes de la eternidad.

A pesar del inefable encanto en que lo elevan sus visiones, siente que el Eterno no se ha dignado aun hacerle subir la primera grada que conduce al Santuario. En pié,

cerca de él, Salem, su ángel custodio, participa de su agitacion y la deplora.

El discípulo se adormece: Salem se sonrie y desaparece, pues sabe que su noble amigo está ahora al abrigo de una proteccion más segura y poderosa que la suya.

Al despertarse, el discípulo predilecto ve á su lado á la Madre del Mesías.

—«El Cielo te envia, exclama: oye, bendita Madre, la narracion de un sueño que mi divino Maestro acaba de inspirarme: Estábamos todos reunidos en mi humilde morada, y hablábamos del porvenir con toda la sencillez de nuestros amantes corazones: ninguno de nosotros pretendia imponer sus opiniones ó presentimientos á sus hermanos; pero todos nuestros votos llamaban á la muerte, y sólo pensábamos en nuestra propia salvacion sin ocuparnos de la del género humano. Con el báculo de viaje en la mano y los lábios secos, teníamos todos prisa por abandonar la Tierra, para ir á saciar nuestra sed cerca de Jesús en el rio de la vida eterna.

«De repente un soplo poderoso como el de la tempestad conmovió mi cabaña; pasó por entre nosotros, y nuestras lenguas vinieron á ser como llamas celestiales, que alumbraban, encendian nuestros corazones y agrandaban nuestras almas.

«Nosotros nos sentíamos con fuerzas para esperar la muerte, y para dejar que el tiempo blanqueara nuestras cabezas antes de ceñirlas con la corona del martirio. Y animados por estos sentimientos, nos disponíamos á recorrer toda la Tierra, para predicar la ley de Cristo y aumentar el número de sus escogidos.»

Así habla Juan, y María le escucha poseida de un santo éxtasis.

La lira de Sion, rodeada de sus estrellas más resplandecientes, acaba de volverse hácia el santuario de los Cielos, y los Cielos reconocen el signo que les anuncia la vuelta del Hijo del Eterno.

Los discípulos saben que su divino Maestro los dejará muy pronto, y procuran en vano desterrar la tristeza que esta certidumbre les produce. Lebbeo, sobre todo, exhala su dolor en desgarradoras quejas. La conviccion de que Jesús va á volver á la mansion de la felicidad y de la paz eterna, no le consuela, porque nada le indica la hora en que él encontrará á su Maestro divino, á quien ama con todas las fuerzas de su alma.

En su despecho, suplica á los muertos que le digan cuándo llegará la hora más santa, la hora más dulce que todas cuantas ha visto salir hasta entonces de los vagos resplandores de la mañana, que todas las que el crepúsculo de la tarde cubre con su perfumado velo y que embellece la Luna con sus argentados rayos.

Pero los muertos permanecen mudos.

Guiado sin saberlo por Jesús, que dirige sus pensamientos, Tomás conduce á los apóstoles y á los *Setenta* al valle de Gethsemaní. Al pasar junto al sitio en que Jesús, la víspera de su muerte, habia padecido tanto, lo ven súbitamente en medio de ellos.

Sin atreverse á dirigirle la palabra, siguen el escarpado sendero que él les hace tomar, y que los conduce al monte de los Olivos.

Más de una vez han vuelto los ojos hácia el Gólgota y hácia el sepulcro abierto: el sepulcro sobre todo les habla un lenguaje consolador, porque Jesús salió de él para volver entre sus fieles amigos.

Los ángeles que sirvieron al Hijo del Eterno durante su

peregrinacion en la Tierra; las almas y los resucitados que rodearon su cruz y cantaron en su sepulcro, se reunen en el monte de los Olivos, porque han sido juzgados dignos de formar el cortejo triunfal que acompañe á Jesús á la diestra de su Padre.

Elohá está en medio de ellos, pero no los seguirá: la voluntad suprema le ha nombrado ángel custodio de esta Tierra, libre ya del anatema que atrajera sobre ella el pecado de Adam. Las felicidades que los *aeones* del porvenir preparan al mundo cuya guarda se le confia, sumergen al más grande de los serafines en dulce meditacion; y su pensamiento sonrie al adolescente del Cielo que, el último dia del tiempo, le presentará la trompeta, cuyo fulgurante sonido despertará á los muertos de todos los siglos.

Jesús y sus discípulos llegan á la cumbre del monte. La ligera brisa del naciente dia refresca las encendidas mejillas de los fieles, próximos á sucumbir bajo el peso de una felicidad superior á la naturaleza humana, y que sólo pueden soportar con la fortaleza que les infunde la presencia de su divino Maestro.

Ordenados en torno de él, le miran y contemplan con muda admiracion.

La Tierra no tiene lenguaje, los mismos Cielos no tienen armonía bastante sublime para expresar la majestad del Salvador en este supremo instante.

Desde las estrellas más lejanas hasta las inflamadas ondas de la vía solar, do quiera, en fin, que los ojos de las criaturas de Dios pueden contemplar los mundos que ruedan en la inmensidad del espacio, los espíritus, revestidos de nubes, de fuego, de vapores diáfanos ó de arcilla, como los cuerpos mortales, fijan sus pensamientos en el Redentor.

Elohá los ve á todos y se sonrie. Después se prosterna

ante el Hijo del Eterno, depositando á sus piés la resplandeciente corona qua ceñia su frente.

Jesús lo bendice con el pensamiento, tiende los brazos á sus discípulos, y les dice :

—«No salgais de Jerusalem; esperad en ella el cumplimiento de la promesa que mi Padre me hizo cuando desperté del sueño del sepulcro. Juan el Precursor dió el bautismo de agua, el Espíritu Santo da el bautismo de fuego, y este mismo Espíritu es el que recibireis vosotros, mis escogidos. Unos pocos dias más, y se cumplirá la promesa del Eterno.»

Uno de los discípulos le pregunta si entonces levantará el reino de Israel.

El Mesías contesta que no pertenece á los mortales conocer los decretos de la Providencia. Después dirige su pensamiento hácia Betania, y luego al punto se transfigura Lázaro. Un ángel lo traslada al monte de las Olivas, porque él tambien seguirá al Mesías en su vuelo á través de los celestes espacios.

Jesús dirige la palabra otra vez á sus escogidos.

—«Sí, les dice, recibireis el Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y os dará fuerzas para ser mis testigos en Jerusalem, en Judá, en Samaria, y en toda la Tierra hasta el fin de los tiempos.»

Y acercándose á los apóstoles, los mira con infinita bondad, eleva por encima de ellos sus divinas manos, y añade:

—«¡Dios os guarde y proteja! ¡Él os ilumine y os tenga en su gracia, os siga con su mirada, y os dé la paz eterna!»

¡Cielos y Tierra! vosotros lo sabeis: después de haber así bendecido á sus discípulos, el Hijo del Eterno habia terminado ya su obra en este mundo.

Una nube desciende de las alturas del infinito; se acerca, llega, envuelve al Mesías, y torna á subir con él.

Los fieles le siguen con la vista...

¿Quién podrá dar idea del sentimiento que inundó entonces sus almas? Pero todos pasaremos por él, cuando la nube que le arrebató de la Tierra le traiga otra vez á ella, el último dia del tiempo, para juzgar á los muertos de toda la especie humana.

Los apóstoles han quedado solos en el monte de los Olivos.

Dos hombres vestidos de albas túnicas se aproximan á ellos: uno es el divino Elohá; otro su amigo, el amable Salem.

La cabellera de Elohá resplandece, y su mano derecha se apoya en un báculo de oro.

—«¿Qué esperais aquí, amigos mios? les dice. Jesús, á quien habeis visto subir á los Cielos, estará con vosotros desde ahora en todas partes.»

Los dos inmortales desaparecen; y con el corazon lleno de alegría y gratitud inmensa, los apóstoles descienden del monte de los Olivos.

En el templo, en Jerusalem, en las cabañas, en todas partes están juntos los apóstoles de Cristo; y oran, y esperan con fervor el bautismo de fuego del Espíritu Santo, que ha de darles virtud para cumplir su mision sublime, dando por toda la Tierra testimonio del poder y la gloria del Mediador divino.

La ascencion. (Canto XIX.)